

INSENSATEZ Y CONTRADICCIÓN

He vivido tres años en Afganistán, en cuya guerra he perdido a tres amigos, y dos en Nueva York, donde otro conocido está ‘desaparecido’ bajo los cascotes de las Torres Gemelas.

En “Independence Day” Hollywood nos impresionó explosionando la Casa Blanca con una nave espacial gigantesca armada con un poder de destrucción ilimitado. Sólo una fuerza exterior podía destruir los símbolos del poderío estadounidense. El ficticio sentimiento de superioridad que se inculca al pueblo norteamericano desde hace más de dos siglos se vino abajo el 11 de septiembre. Tres simples aviones comerciales también podían hacerlo, no hacía falta ni marcianos, ni armas misteriosas.

Nadie en su sano juicio puede justificar el horror, la barbarie, la carnicería sufridos por EEUU. Pero el hecho de que sea injustificable no debe impedirnos analizar sus causas, porque este ataque no ha surgido de la nada. El atentado no fue una “gran provocación” sino una venganza, fue una revancha criminal contra una forma de hacer relaciones internacionales. Detrás de actos como éste se esconden odios, injusticias, desigualdades y miedos que en el bulldozer emocional tras la catástrofe muchos prefieren ignorar.

La magnitud del crimen que nos ocupa es espeluznante pero a nadie mínimamente informado puede parecerle sorprendente. El apoyo ciego de EEUU a Israel; la protección que otorga a represivas realezas árabes; el boicot de la conferencia sobre racismo; las trabas a la Corte Penal Internacional para juzgar crímenes contra la humanidad; la negativa a detener la fabricación de minas antipersona; el desprecio hacia la Asamblea General y la manipulación del Consejo de Seguridad de las NNUU; la reticencia a calificar la matanza de Ruanda como genocidio; bombardear Bagdad y permitir a Rusia destrozar Chechenia... han granjeado a EEUU enemigos de muy variado origen e ideología a lo largo de muchos años.

Reina la contradicción. Ayer defendíamos con pasión la causa contra la violación de los derechos fundamentales de las afganas, presas bajo un burka, sin acceso a la salud ni educación; hoy estamos dispuestos a sacrificarlas si hace falta. Hoy se justifica un ataque aplastante contra el opresivo régimen talibán; ayer los 433 afganos hacinados en el Tampa huyendo de esa opresión eran considerados un grupo de oportunistas. Los afganos quieren escapar de un país sobre el que creen va a caer la ira occidental. Los talibán hacen lo posible para impedir su salida y usarlos de escudo humano mientras los países vecinos colaboran con ellos cerrando las fronteras. Nos preparamos para hacer la guerra y convertimos Afganistán en una ratonera para millones de hombres, mujeres y niños inocentes cuya única preocupación desde hace más de 20 años es cómo conseguir el pan y el té de su dieta diaria.

La matanza de civiles por parte de uno de los bandos no justifica ni legitima responder con la misma moneda, por mucho que las siempre dudosas encuestas de opinión digan que el pueblo está de acuerdo. Lo peor de los ataques de represalia que parecen avecinarse es que darán carta blanca al uso de la fuerza indiscriminada en cualquier parte del mundo, bastará con tildar al enemigo de terrorista, práctica muy habitual: Mandela fue durante muchos años considerado un peligroso terrorista.

Contrariamente a lo que profesa la xenófoba teoría de la lucha entre civilizaciones, nunca ‘civilizaciones’ tan ‘apartadas’ se parecieron tanto como ahora. Bush, en una serie de declaraciones que costarían el puesto a cualquier político europeo, está convencido de que el atentado es obra del diablo, que Dios apoya a Norteamérica y declara una cruzada. Mulá Omar sabe desde hace tiempo que el diablo se llama Estados Unidos, que Allah está con su pueblo y llama a la yihad. Unos cantan “Good Bless America”, otros recitan el Corán. Las imágenes de destrucción de Manhattan no son tan diferentes de las de barrios enteros de Kabul. En las dos ciudades la población civil huye despavorida de la violencia preguntándose por qué y temerosa ante un futuro incierto. En ambos países, los civiles son víctima de unos gobernantes insensatos que alimentan una ola de fervor popular nacionalista y violento liderando una venganza global y haciendo más de psicólogos de grupo que de políticos. Unos políticos que, borrachos con el lenguaje de la guerra, son incapaces de preguntarse si no tendrán ellos algo que ver en lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo, lo que va a ocurrir.

Los culpables de los atentados deben ser capturados y juzgados, no linchados. Estrecheces de miras del tipo “o conmigo o contra mí” que niegan cualquier tipo de alternativa sólo nos dirigen hacia la destrucción. Una superpotencia como los EEUU tiene la obligación de dar ejemplo de prudencia y capacidad de análisis al resto de países a la hora de hacer declaraciones y tomar decisiones. Una Europa

que pretenda tener peso específico debe ser liderada por gente capaz de tener opinión propia e independiente.

Un mundo sin Bin Laden no será un mundo más seguro. La Tierra seguirá siendo un lugar peligroso mientras sigan existiendo personas dispuestas a morir porque están tan desquiciadas que consideran que la vida que viven no vale la pena vivirla.

Una profunda y sincera revisión de las causas de lo que estamos viviendo nos dará una lección de cómo no hacer política. Si nuestros gobernantes son hoy incapaces de comprender por qué ha ocurrido esto, tampoco serán capaces mañana de hacer de este planeta un mundo mejor y más seguro.

Jordi Raich
Analista de Médicos Sin Fronteras.